

## Yo también hablo de la onda

Humberto Guzmán

Después de dos décadas de haberse publicado *La tumba*, me permito la libertad de hablar yo también de la onda. Mal que bien José Agustín, a pesar de que no es el único representante de dicha forma de escritura, sí es el que aún hoy se considera como el escritor de la onda por antonomasia. Conocí el texto de esta novela corta cuando se publicó allá por los fabulosos sesenta. Lo leí con un doble interés. Uno, quería saber cómo escriben los jóvenes, como rezaba el ardid publicitario editorial; dos, empezaba por esos días a animarme a escribir yo también una novelita. Tenía aproximadamente dieciséis años de edad y, después de la lectura de *La tumba*, no comprendí cómo los jóvenes de entonces escribían sobre personajes tan anodinos, sobre situaciones tan convencionales, tan de familia de clase media y curiosamente, tan de poca rebeldía. La rebeldía, como es sabido, estaba de moda en los sesenta. La explosión del *rock and roll*, que nos venía desde los cincuenta del norte de América, nos hablaba, además del "amor joven" de héroes juveniles independientes, rebeldes, que no encajaban en las costumbres morales y sociales de sus padres y que les gustaba mucho divertirse. Sin embargo, fuera de un poco de inadaptación familiar y social, no se planteaban problemas graves aún.

La mejor ilustración la tenemos en James Dean, en "Rebelde sin causa", donde se nos presenta como un buen muchacho pero que choca con la intransigencia ético-moral de la clase media a la que pertenece en un medio de por sí rígido como puede serlo el dominado por el protestantismo. El rey, el indiscutible Elvis Presley, dejó de mover sensualmente las caderas, se cortó el envasado copete y les dio muestra de sentido común al resto de la juventud en la Unión Americana cuando cumplió su servicio militar en Alemania. Los héroes de las canciones del *rock and roll*, nos hablaban de buenos muchachos que por alguna circunstancia pasaron por una mala fortuna o simplemente querían rocanrolar parodiando el "yo lo único que quiero es bailar rocanrol y que me dejen vacilar sin ton ni son" de *Los locos del ritmo* que, años después, coincidiría con el *It's only rock and roll but I like it* de *The Rolling Stones*. En cierto modo, y volviendo a nuestro tema, los héroes de José Agustín lo único que querían era precisamente vacilar sin ton ni son.

Desde este punto de vista son herederos del *rock* de los cincuenta; lo que los aleja de los héroes reseñados por trovadores como Bob Dylan, por ejemplo. Cuando sale *De perfil* se confirma la fama de Agustín y también

el estilo; siguen siendo los personajes y situaciones que recuerdan más al *I wanna hold your hand* de Lennon y Mc Cartney que el *Like a rolling stone* de Dylan. Con ello llegué a pensar que *Gazapo*, de Gustavo Sainz era mejor novela que las otras dos. En *Gazapo* observaba una mejor forma narrativa que, auxiliada por la grabadora y las fotos, se podía encontrar como una historia adolescente banal pero más redondeada.

En 1971 aparece la antología de Margo Glantz *Onda y escritura en México: jóvenes de 20 a 33*, la cual no despeja todas las dudas del lector sobre cuál es la diferencia entre las dos corrientes y qué escritores de los incluidos se inscriben en una o en otra. Aunque, de hecho, la oposición natural entre los dos conceptos manejados era inmediata. Por otro lado, Glantz no sólo plantea la división, sino que oficializa el término de la "onda". Recuerdo que Esther Seligson en una mesa redonda que no puedo precisar cuándo ni dónde fue, acusó a los onderos de escribir como se hablaba en *La Familia Burrón*, cosa que desde otra perspectiva no es necesariamente insultante ya que *La Familia Burrón* es una excelente historieta semanal y data por lo menos de treinta años atrás y que, como ustedes saben, buena parte de su éxito radica en el uso del lenguaje coloquial usado en una colonia proletaria de la Ciudad de México. 1965 es el año en que, si la memoria no falla, aparecen en Joaquín Mortiz *De perfil*, *Gazapo* y la novela *Farabeuf*, de Salvador Elizondo, un texto que habría de impactarme desde su primera lectura y que me empujaría a seguir con interés las siguientes publicaciones de este importante escritor mexicano. Esto hay que decirlo porque *Farabeuf* resultó una adecuada respuesta en contra de la superficialidad que yo encontraba por esos años en las novelas de la onda, que supongo incluyen además de las aquí citadas, las de Parménides García Saldaña, entre otras. Sainz abandonaría el género con *Obsesivos días circulares* y lo confirmaría con *La princesa del Palacio de Hierro*, que vendría a ser otra cosa aunque el lenguaje coloquial seguía siendo prácticamente lo más importante. José Agustín y su carnal Parménides, se enseñorearían del género. El primero más suelto en su narrativa que el segundo, el segundo más fiel a la onda que el primero y además con un intento teórico sobre el tema *En la ruta de*

*la onda*. La muerte de este último, acaecida hace poco, las circunstancias que la describen, es prueba de que su posición ondera se la tomaba más a pecho. Quizá sería el caso de Jesús Luis Benítez, quien más que escribió vivió el género de la onda a su modo. Es muy probable que Benítez no pasara buenas temporadas en Estados Unidos, en Acapulco o en buenos departamentos del Distrito Federal; pero la desfachatez personal, el lenguaje en clave, su necesidad de alcohol, las broncas donde generalmente no salía bien parado y sus buenas atizadas era algo muy serio para él.

Recuerdo haber visto alguna vez a Parménides, era una fiesta en la casa de Héctor Gally, me pareció un muchacho medio loco pero sin nada que lo sacara de la normalidad, vestía una sudadera gris, traía el pelo corto cuando todavía se la rifaba el que lo usaba largo. A Benítez (no Fernando sino Jesús Luis) lo traté un poco más; era divertido; una buena dotación de ingenuidad, pero siempre me dio la impresión de que era sincero.

Curiosamente a Agustín, el astro de la novela de la onda, de hecho no lo he tratado, a pesar de que por 1968 o 1969 veía con alguna frecuencia a sus amigos René Avilés Fabila y Gerardo de la Torre, en especial a éste último.

Tuvimos un amigo común, un peruano extravagante y dipsómano que supo impresionar a algunos con su libro único y que se hizo protagonista de una y mil anécdotas. Una de ellas era que (a pesar de su falta de condición física) en las reuniones siempre ofendía a alguien y De la Torre contestaba los golpes. Este singular personaje es Edmundo de los Ríos y, años después, me pareció reconocerlo en el escritor peruano que sale en el elenco de *Ciudades desiertas*, la última novela de José Agustín.

Esta novela la esperaba yo porque un escritor de las más recientes promociones y admirador confeso de Agustín, me dijo que éste se ocupaba por esos días en escribir algo diferente (entiéndase "mejor") a su producción anterior. No sé por qué Juan Villoro diría eso. *Ciudades desiertas* mantiene el mismo divertido aunque menos explosivo lenguaje de antaño, reforzado con la espontaneidad de los personajes que los hacen describir y vivir con frecuencia situaciones chuscas y aparentemente in-

geniosas. En una novela con estructura de melodrama, de lectura fácil como todo lo de Agustín y, por supuesto, con su final feliz; quizá es una comedia con disfraz de melodrama. En ese libro es posible descubrir todavía el espíritu adolescente de los personajes anteriores sólo que con otra presentación, la de mayor seriedad en cuanto a su concepción del mundo —ésta sería la novedad— y el autor se obstinaría en convencernos de ella.

El muchacho de la novela persigue a su amada muchacha hasta arrebatarla de las garras de un monstruo polaco; ella se convence del gran amor que le profesa y al que no es indiferente, como había pensado. El bien y la constancia vencen sobre el error y la desviación y colorín colorado. Las afirmaciones de Elena Poniatowska en la contraportada del libro no se relacionan con el texto que pretende definir, aunque tal vez no fue su intención sino tan sólo cumplir con el requisito de anunciar del modo más adecuado para vender, lo cual es lícito. Y no me refiero a su afirmación nada novedosa de que este país es de “machos con sus venganzas de corrido”, como si este concepto —si es que lo es— o lo que signifique, fuera una característica tan sólo nacional.

Las estadísticas demuestran que un buen porcentaje de la fría y protestante población masculina de Estados Unidos e Inglaterra se emborracha y le pega a sus mujeres. ¿Y no se acuerdan cómo tratan los rusos a sus mujeres en sus excelentes novelas del siglo pasado? Imagínense si no serán machos en los países eslavos cuando están obligados a ser una proyección del Estado-padre, autoritario y egoísta, sordo y ciego, que sabe dar órdenes y hacerlas obedecer sin chistar o castigar duro, despiadadamente, siguiendo el lineamiento de que el Estado es el fin, los individuos el medio.

En los sesenta la cultura del *rock* se había extendido por el orbe entero, inclusive por los inexpugnables países llamados socialistas. Las inquietudes juveniles tenían muchas posibilidades de darse a conocer, sus actitudes y desplantes fueron moda, había pasado el tiempo en que los jóvenes hacían lo imposible por ser señores y señoras desde jovencitos, ahora era al revés, los señores y las señoras empezaron a imitar a los jóvenes: la ropa, el peinado, los modales, la preferencia por el consumo

de la mariguana en vez del alcohol, el *rock*, el sexo visto con más naturalidad o desde un punto de vista deportivo, etc.

Vinieron acontecimientos sociales que continuaron fortaleciendo el prestigio de los jóvenes, como el Movimiento que caracterizó la frase “la imaginación al poder” escrita en los muros de París del 68, o nuestro confuso y trágico septiembre-octubre del mismo año. Acontecimientos como éstos hicieron que muchos jóvenes pensarán que habían alcanzado la edad adulta en un abrir y cerrar de ojos; los que ni en sueños dejaron su corte de pelo reglamentario, se lo descuidaron entonces por lo menos mientras acudían a las manifestaciones. En este contexto ¿cuál creen ustedes que sería el tipo de escritura que mejor aceptación del público lector tendría en ese momento? Acertaron: la novela de la onda, escritura hecha por y para los jóvenes de la ciudad de México de entonces.

En ese año de 1968, las novelas de la onda ya eran un lugar común. Habría que preguntar a los estudiosos si este fenómeno de reacción inmediata tiene antecedentes en la literatura nacional —ya se sabe que existe la novela de la revolución mexicana o la colonial, etc. De pronto contamos con algunas novelitas cuya temática y espíritu común las une al grado de compartir una etiqueta aceptada por su público.

Recuerdo que en una presentación de *Ciudades desiertas*, un expreparatoriano fan de Agustín comentó no sin romántico orgullo que un día alguien de su salón empezó a leer *De perfil* en clase, a los demás les intrigó y quisieron saber qué leía con tanto detenimiento, al rato se pasaban el libro de mano en mano. Habían descubierto por fin, dijo el expreparatoriano, una novela que hablaba como ellos, donde había personajes como ellos y donde se tocaban problemas como los de ellos. Por argumentos de esta índole los escritores onderos vieron cimentarse su popularidad, o por lo menos José Agustín, ya que Gustavo Sainz, aunque famoso también, se empeñó en salirse de la clasificación de la que ambos fueron coestelares.

Sin embargo, se ha abusado un poco de la popularidad del género. Algunos comentaristas encuentran influencias de los escritores de la onda hasta abajo de las

piedras y eso no es justo ni necesario. No importaría si fuera cierto; pero el *rock*, el lenguaje de uso juvenil y la mariguana, eran tres conceptos de la época a los que cualquiera podría tener acceso por flotar éstos en el ambiente. No hacía falta haber leído a Allen Ginsberg, Jack Kerouac, William Burroughs, Ferlinguetti, toda la *beat generation*, J. D. Salinger, Mailer, las letras de las canciones de los rocanroleros más influyentes para prever una extensión de la cultura pop estadounidense desde la perspectiva *beat* en una ciudad como la de México donde la publicidad y los medios en general habían preparado el terreno con mucha anticipación.

Así es como existen diversos tipos de lirismo y de lenguaje coloquial. Pero es más importante la intención del autor y la manera como se usa dicho lenguaje. Por otro lado están las diferencias de situaciones, grados de intensidad, estructuración y presentación de los personajes y de la historia misma. De lo contrario tendrían que clasificarse como escritores de la onda de Charles Bukowski, por ejemplo, a Henry Miller, en Francia a Louis-Ferdinand Céline, en España a la novela picaresca, por lo menos, en México a José Revueltas, las primeras novelas de Carlos Fuentes, a la novela de la Revolución, en suma, mucha de la literatura realista del mundo. Pero no es posible; aquí tendrían que intervenir otra vez los estudiosos.

He dicho antes que los textos ubicados bajo el rubro de la onda son repetitivos en la medida en que sus personajes y situaciones son arquetípicos. Los giros del lenguaje, aunque no pocas veces ingeniosos, son siempre los mismos en uno y en otro personaje sin importar su procedencia, edad, carácter, formación, etc. Pese a ello encuentro meritorio que se reconozca un cierto lenguaje que no sé hasta qué punto es real o fingido por los autores que se empeñan en subrayarlo, lo que se nota en la constante carga efectista que conduce invariablemente al facilismo. En contra de lo que afirma Parménides —el ondero, no el griego— *En la ruta de la onda*, ese lenguaje no tiene su procedencia en el empleado en los barrios pobres de las diferentes colonias de la Ciudad de México, menos al utilizado en los cinturones de miseria alrededor de la ciudad o las ciudades perdidas de la misma; más bien recuerda al usado por los pochos en la fron-

tera de México y el país del norte, por los pachucos de los cuarenta o cincuenta, como Tin Tan, el pachuco singular precisamente, lo que se refuerza con la incontenible presencia del inglés estadounidense o del *spanish* —como dicen ahora— en la Zona. En los sesenta no se hablaba la misma jerga en las colonias Narvarte y Del Valle, y en su contrapartida, la Colonia Obrera y la de los Doctores. Las novelas de la onda se ubican en las dos primeras, jamás se reconocerían en las otras. La lógica es contundente. Los que nacieron, vivieron y se quedaron en la Colonia Obrera nunca fueron enviados por papi a estudiar a los Estados Unidos, muchos de ellos ni siquiera pudieron ir a la primaria de gobierno de la colonia. Ellos —no hablo de excepciones— conocieron “el rock en español” mezclado con las canciones de La Santanera, Benny Moré y otras de ritmo tropical que además eran preponderantes sobre el primero.

Estoy seguro que Bob Dylan los hubiera aburrido con sus canciones *country*. El muchacho lumpen de diez años de 1968 adicto al tiner y al cemento no tiene ninguna relación con ese aprendiz de *play boy* que tiene experiencia con la yerba y las drogas heroicas.

La antiolemnidad y rebeldía que los autores de la onda se empeñan en demostrarnos, se manifiestan en los textos que se inscriben en el seno de la familia clase media (inclusive acomodada) que es la clase que carga con el peso moral de la sociedad. Esta misma antiolemnidad y rebeldía no significa nada entre los jóvenes de las zonas proletarias o lumpen de la ciudad; simplemente sería normal, puesto que ahí no hay buenas costumbres que cuidar y preservar. Cuando Parménides dice en *Mediodía*: “Queremos paz, nada de guerras, nada de disturbios” (. . .) “queremos cantar la Oda de la Alegría. Paz y amor es la señal” o habla de los negros y sus sufrimientos raciales, no se dirige definitivamente a la juventud proletaria o lumpen de los sesenta de la Ciudad de México.

Parménides es el teórico de la onda, es el que probablemente se lo tomó en serio: como un modo de vida, como una posición política. La onda era su filosofía, como Mick Jagger afirmara alguna vez: “mi filosofía es que no tengo filosofía”; pero eso no justifica que *En la ruta de la onda* demuestre equivocaciones históricas (se re-

fiere a Estados Unidos como América) y escriba muchas veces como si se dirigiera a los lectores estadounidenses y no a los mexicanos que es entre quienes se venden sus libros en su tercera edición. Sin embargo tiene momentos de lucidez que describen cierta atmósfera de los sesenta que no era tan consistente en México como él lo hubiera deseado y nos relata con conocimiento del tema, su interpretación de la historia del rock y la subcultura que ha generado.

No afirmo, finalmente, que la novela de la onda carezca de valores auténticos; por el contrario, los tiene, creo haberlos mencionado; lo que también es cierto es que se ha sobrevalorado, con lo que se han descartado otras realidades literarias.

Pero el sueño terminó y la verdad de un instante, co-

mo "el alcohol embrutece, el café no", no lo es en el siguiente. La juventud pasa demasiado rápido. Tengo para mí que la onda tiene su epitafio precisamente en *Mediodía* de Parménides, publicado en 1975. Epitafio que no deja de ser tardío. Para esa fecha los hippies y sus actitudes eran la prehistoria. Parménides mismo señala, al final de *La ruta*. . . , haber escrito sus ensayos poco antes de la muerte de Alan Wilson, Janis Joplin, Jimi Hendrix y Jim Morrison, acaecidas, si no mal recuerdo, en 1971. En *La ruta*. . . exaltó una subcultura moribunda que por más esfuerzos que hace no consigue trasplantarla en México en su totalidad. Subcultura moribunda y ajena. Son dos errores históricos de la novela de la onda. ¿Qué más había que hacer? En efecto, el sueño había terminado.